

contra la competencia del tribunal (1). Naturalmente no se atendió a su protesta y se siguió la negociación como verdadero juicio (2). Con habilidad indicó María las enormidades del procedimiento judicial contra ella; dijo que no se le había concedido defensor (3), que Babington, que en caso de que ella hubiese tenido culpa, hubiera podido convencerla, había sido quitado de en medio (4); que ni la carta de Babington, como tampoco la suya de contestación, estaban allí en su original o en copia legalizada (5). Sus secretarios Nau y Curll no fueron presentados (6). Por lo que toca al asesinato de la reina, expresó María el modo de ver que manifiesta más en particular en una carta a Mendoza: Después de haberme afanado sin buen éxito por conseguir mi libertad por buenos medios, me vi forzada a intentarla por los medios que me ofrecieron, sin que yo asintiese a ellos, esto es, sin que los aprobase (7). Dice su secretario Nau, que en la situación en que se hallaba, no se tenía por obligada a una denuncia (8). Conforme a esto negó hasta el cadalso haber procurado o aprobado la muerte de Isabel. La sentencia, dada en Westminster y confirmada en el Parlamento, declaró a la reina presa convicta y culpada (9). En 18 de febrero de 1587 en Fotheringhay el hacha del verdugo puso fin a su vida (10).

El excelente carácter de María nunca se manifestó en más brillante luz que en sus últimos días. Como ella aquí apareció, así ha pasado su imagen a la posteridad y perdura en la memoria de

(1) Kervyn de Lettenhove, II, 22-29.

(2) *Ibid.*, 33 ss.

(3) *Ibid.*, 42.

(4) Opitz, II, 341.

(5) Kervyn de Lettenhove, II, 42.

(6) *Ibid.*, 49.

(7) Labanoff, VI, 458 s.

(8) *N'estimant ès termes ou elle se voyait estre obligée de la révéler.* Labanoff, VII, 208; cf. Pollen, CXCII. Sobre las expresiones de María respecto de sus relaciones con Babington v. Opitz, II, 341 s. Parece que al principio negó toda relación con él, lo cual empero no significa otra cosa en boca de la acusada, sino que echaba sobre sus adversarios el trabajo de demostrar sus acusaciones contra ella.

(9) Kervyn de Lettenhove, II, 56 ss.

(10) *Ibid.*, 328 ss.; Maxwell Scott, *The Tragedy of Fotheringhay founded on the Journal of Dr. Bourgoing and on unpublished Mss Documents*, London, 1895. Entre las cartas de despedida que María escribió ya en noviembre de 1586, cuando tuvo por muy inminente su ejecución, se halla también una dirigida a Sixto V de 23 de noviembre de 1586. Labanoff, VI, 447 s.; cf. F. Palacky, *Viaje literario a Italia en el año 1837*, Praga, 1838, 9.

los hombres. En la tranquila serenidad, firmeza e intrepidez con que va a la muerte, aparece como glorificada por el heroísmo del dolor y del martirio, como elevada y sostenida por una consagración verdaderamente religiosa. Ya hacía mucho tiempo que estaba persuadida de que la causa por que se procuraba su muerte, no era otra que su fidelidad a la religión católica, que se quería quitarla de en medio por el peligro que amenazaba al protestantismo inglés por parte de la católica heredera del trono (1). Por eso consideraba su muerte violenta como una especie de martirio. Ante Burghley y Bromley, que la citaron en Fotheringhay ante el tribunal de los lores, declaró que nada le importaba la vida, que se defendía solamente por respeto a la propia honra, a la honra de los suyos y de la Iglesia. Que era católica y estaba dispuesta a derramar por la fe hasta la última gota de su sangre; que se tendría por dichosa, si Dios le concediese la gracia de morir por su causa (2). Repitió estas aseveraciones, cuando la víspera de la ejecución se le anunció su muerte; manifestó que recibía con agrado su fin, que no sería digna del gozo eterno, si su cuerpo no pudiese sufrir un hachazo del verdugo (3). Cuando el conde de Kent replicó que su vida sería la muerte de la religión protestante, y su muerte su vida, el gozo iluminó su semblante; «no me tengo por digna de semejante muerte, clamó, pues morir por la fe significa juntarse con los elegidos» (4). Al jesuita Samerie, que bajo el nombre de La Rue disfrazado de médico le había prestado asistencia espiritual durante algún tiempo, le hizo decir en sus cartas de despedida, que se acordase cómo le había prometido morir por la fe, y había cumplido su promesa (5).

Con este espíritu la reina ya desde hacía mucho tiempo se había hecho leer diariamente las vidas de los santos y mártires (6); decía que el ejemplo de estos últimos era su apoyo y doctrina (7). De

(1) V. abajo, pág. 26. El mensaje del Parlamento, que pide la muerte de María, afirma asimismo que María había querido matar a Isabel, no solamente para privar al país de la verdadera religión, sino también para establecer allí la dominación de la tiranía romana. Kervyn de Lettenhove, II, 64; cf. *ibid.*, 66 el discurso de Pickering delante de Isabel.

(2) Kervyn de Lettenhove, II, 27.

(3) *Ibid.*, 331, 332.

(4) *Ibid.*, 332 s.; cf. 337.

(5) Opitz, II, 369. Sobre Samerie cf. Pollen en *The Month*, CXCII (1911), II-24, 136-149.

(6) Kervyn de Lettenhove, II, 76, 346.

(7) *Ibid.*, 81.

buena gana se detenía en el recuerdo y consideración de la Pasión de Cristo; sobre su chimenea se veían, bordadas de su propia mano, diversas escenas de la Pasión de nuestro divino Redentor (1). La víspera de su ejecución lavó los pies de sus damas, porque también Cristo había dado comienzo al camino de su Pasión lavando los pies de los apóstoles (2). Después de medianoche la valerosa mujer hizo leerse del Evangelio la historia de la Pasión; después de las palabras de Cristo al buen ladrón: «Hoy estarás conmigo en el paraíso», dió señal de parar (3). Dijo en su oración ante el cadalso, que quería exhalar su espíritu a los pies del Crucificado (4).

La persuasión de que moría por la fe, era también sin duda la fuente de la serena tranquilidad con que, como Burghley mismo atestigua, recibió la noticia de su muerte (5). Mientras sus servidores se deshacían en lágrimas, sus ojos permanecían secos; todavía ante el cadalso rezaba sin temblar con tan alta voz, que no dejaba oír al importuno deán de Peterborough (6). Nadie estuvo presente en la ejecución, a quien no hubiese llenado de admiración su conducta (7). Felipe II estuvo algún tiempo indeciso sobre si debía ordenar que se celebrase una misa de difuntos por ella, pues según su opinión había muerto como mártir y por tanto ya no necesitaba de oraciones (8). En París el pueblo estaba tan irritado contra Isabel, que el embajador inglés no podía salir de su casa sin peligro de la vida o sin exponerse a insultos públicos (9). Sixto V recibió a fines de marzo la noticia de la ejecución de María; su gran dolor por ella sólo fué mitigado por la esperanza de que Enrique III se dejaría mover a dar serios pasos contra Inglaterra por esta maldad (10). Pensó honrar a María a lo menos con solemnes exequias, pero desistió de ello, cuando se le advirtió que no era costumbre en Roma celebrar honras fúnebres por mujeres. Contentóse pues

(1) Kervyn de Lettenhove, I, 122, II, 343.

(2) Ibid., II, 345.

(3) Ibid., 346.

(4) Ibid., 372.

(5) Ibid., 333.

(6) Ibid., 373.

(7) Ibid., 375. Cf. J. Kleinpaul, Los periódicos de Fugger de la biblioteca de Viena, 1568-1605, Leipzig, 1921, 101.

(8) Carta de Lipomano a Venecia de 21 de abril de 1587, en Brown, n. 504.

(9) Dolfín a Venecia en 13 de marzo de 1587, *ibid.*, n. 483.

(10) Critti a Venecia en 28 de marzo de 1587, *ibid.*, n. 491; Santori, Autobiografía, XIII, 180. Cf. Revue des quest. hist., XXVII, 196.

con distribuir limosnas y hacer decir misas en altares privilegiados por el descanso del alma de la reina (1).

Como en aquellos días se manifiesta de la manera más impresionante el temperamento espiritual de María, lo mismo se ha de decir de su rival. Lo que caracteriza la política de Isabel, es la indiferencia en lo tocante a la moralidad y a la conciencia, que aun a la clara violencia y falsía quisiera darles color de justicia y verdad, y resistiéndose aparentemente a hacer dar prisa para que se ejecute lo que desea de todo corazón. En una princesa que está tan genialmente adornada de dotes de inteligencia, se desearía encontrar un movimiento inequívoco de magnanimidad o compasión hacia su lastimosa parienta. Pero aunque tales movimientos se hallasen en ella realmente alguna que otra vez, con todo no nos atrevemos a creer que en este caso particular los hubiese; la impresión general de que aquí se trata sólo de un atentado malamente encubierto, es demasiado subyugadora.

Jacobo I en la abadía de Westminster paso muy juntos entre sí los sepulcros de las dos reinas que en vida estuvieron tan cercanas una a otra, y no obstante nunca se vieron. Sin embargo a la memoria de Isabel hizo con esto su sucesor y venerador un mal servicio. «No hay hora del día, dice Washington Irving (2), en que (entre los muchos visitantes de la abadía) no se haga pública una expresión

(1) *Avviso de 4 de abril de 1587, Urb., 1055 p. 114^b, *Biblioteca Vatic.*

(2) Not an hour in the day but some ejaculation of pity is uttered over the fate of the latter, mingled with indignation at her oppressor. The walls of Elizabeths sepulchre continually echo with the sighs of sympathy heaved at the grave of her rival (The Sketch Book of Geoffrey Crayon [Irving], I, Paris, 1823, 361). — Muy pronto la historia de María Estuardo fué tratada poéticamente. Ya en 1593 el profesor de poética de Douai, Adrián Rouler, publicó una *Stuerta Tragedia sive caedes Mariae Scotiae reginae in Anglia perpetrata* (*Zeitschr. des Vereins f. Volkskunde*, XXII [1912], 42; cf. Foppens, *Bibliotheca Belgica*, I, Bruselas, 1739, 19). Sobre un drama de los jesuitas de Ingolstadt de 1594 v. Aretin, Maximiliano I, 484. La tragedia «María Estuardo» de Vondel (1646) levantó en los protestantes flamencos una tempestad de iras y costó al autor ciento ochenta florines de oro de multa (A. Baumgartner, Joost van den Vondel, Friburgo, 1882, 157 ss.). La historia de los Papas ha de mencionar especialmente que el posterior Urbano VIII compuso algunos versos a María Estuardo (Mappei S. R. E. Card. nunc Urbani Papae VIII Poemata, Dillingae, 1640, 207). Un soneto a su muerte, de Julio Cortese, del año 1588, puede verse en *The Athenaeum*, 1908, núm. 4205. Cf. K. Kipka, María Estuardo en el drama de la literatura universal, principalmente de los siglos XVII y XVIII, Leipzig, 1907. Sobre la tragedia de Montchretien L'Ecossaise (1610) v. Petit de Julleville, *Hist. de la langue et de la littérat. française*, IV, Paris, 1897, 188.

de compasión hacia María y a la vez de indignación contra su perseguidora. Incesantemente resuena en el sepulcro de Isabel el eco de las manifestaciones de simpatía que brotan de los labios junto al lugar de descanso de su rival.»

Entre los príncipes de Europa ninguna mano se había movido seriamente para librar a María de la muerte ignominiosa (1), ninguna mano se movió para vengar tan gran maldad. María quedó desamparada de su cuñado en Francia, del rey católico, de su propio hijo en Escocia, el cual en el mayor peligro de su madre no sabía hacer ninguna cosa mejor que ordenar preces públicas en la iglesia por la conversión y enmienda de vida de la misma (2).

Sin embargo aun en los últimos años de la vida de María Estuardo no faltaron tentativas para mover a los reyes de Francia y España a un desembarco en Inglaterra. Villeroy, uno de los consejeros de Enrique III, formó un plan para ello; quería con tal empresa por una parte ocupar a los Guisas y hacer que no fuesen peligrosos para el rey, y por otra privar a los hugonotes del apoyo que tenían en la reina de Inglaterra (3). El duque de Guisa se dejó entusiasmar fácilmente por esta especie de nueva cruzada, y tampoco Enrique III fué al principio adverso a esta empresa. Sixto V, a quien Guisa había puesto en conocimiento de sus planes, le animó y prometió auxilio (4). Pero la eterna irresolución de Felipe II redujo también a la nada este plan. Villeroy por medio de Mendoza, embajador español en París, había solicitado la ayuda de don Felipe, que Guisa juzgaba por enteramente necesaria. Don Felipe nada respondió por mucho tiempo, y al fin sólo con expresiones generales (5). Entre tanto los espías ingleses habían ya averiguado todo el plan, Isabel encarceló en la Torre a los condes católicos de Arundel y Northumberland, con cuyo apoyo contaba don Felipe, y Northumberland fué en ella asesinado. Con febril apresuramiento se trabajaba

(1) Sobre los pasos que dió el embajador francés Chäteneuf y el papel afrentoso que desempeñaron Enrique III y Jacobo VI, v. Kervyn de Lettenhove, II, 145 ss., 171 ss., 208 ss., 222 ss.; Brown, XVI ss.

(2) Ordenó, to pray publiclie for his Hienes' mother, for hir conversion and amendment of life, and if it be godis plesour to preserve hir from his present danger quhairin sche is now, that sche may heirefter be ane profitabill member in Christis Kirk (Fleming, 424).

(3) Kervyn de Lettenhove, I, 89-108.

(4) Ibid., 93.

(5) Cartas de 9 de julio (enviada el 23 de julio) y de 17 de agosto de 1585, *ibid.*, 97, 99.

en la fortificación de la costa inglesa (1). Ya el 25 de agosto de 1585 escribía Guisa, que todo sin duda se iría en humo, y el 1.º de octubre habla de la empresa como abandonada (2). Ocho días más tarde Enrique III volvió a apartarse enteramente de los Guisas y ofreció al rey de España la devolución de la conquistada Cambray, si también él los abandonaba. Don Felipe pareció realmente inclinado a entrar en esta indigna negociación (3). Tampoco ahora se hizo nada en favor de María Estuardo. Olivares hubo de declarar al Papa, que era un absurdo querer acometer a la herejía en Inglaterra, antes que hubiese sido vencida en Francia (4). Con el amargo sentimiento de tener que acudir a la irresolución de don Felipe para hacer frente a la energía de Isabel, dijo entonces Sixto V aquella célebre sentencia de que valía más la rueda de la reina de Inglaterra que la espada del rey de España (5). Al duque de Guisa había Sixto escrito que haría por la expedición a Inglaterra todo lo que estaba en su poder. También otras veces manifestó gran celo de la liberación de María Estuardo; aseguró él, por otra parte tan parco, al embajador español, que estaba dispuesto a dar por ella un millón de florines de oro (6).

Cuánto había de pesar en la balanza para la decisión de todas las cuestiones europeas el reino del norte tan insignificante en extensión, no era ningún misterio precisamente para un hombre de la penetración y perspicacia de Sixto V. Si se decía entonces, para dibujar la importancia política de Inglaterra, que la isla británica se había convertido de repente de un paso del fin de la tierra en el centro del mundo, que España y Francia eran los dos platillos de la balanza, pero que Inglaterra era el fiel de la misma (7), el Papa fijaba sobre todo su atención en el influjo religioso de Isabel; reconocía en el reino del norte el principal foco y amparo de la herejía (8); contra la «nueva Jezabel», que apoyaba en todas partes el protestantismo y ahora también procuraba incitar a los turcos contra la

(1) *Ibid.*, 100 s.

(2) *Ibid.*, 96, 107.

(3) *Ibid.*, 102, 105.

(4) *Ibid.*, 107.

(5) Que valia mas la rueda de la reyna de Inglaterra que la spada del rey de España. *Ibid.*, 108.

(6) *Ibid.*, 93 s.

(7) *Ibid.*, 27.

(8) *Ibid.*, 93.

España católica (1), hubiera de buena gana juntado en una confederación a todos los príncipes católicos (2).

Pero la aversión a la «nueva Jezabel» no cegaba al Papa para que no viese sus grandes cualidades. Siendo él mismo un notable político, sabía apreciar muy bien su grandeza como princesa; el raro espectáculo de que una mujer hiciese frente por mar y tierra a los dos reyes más poderosos de la cristiandad, le llenaba muchas veces de admiración. Expresó que si fuese católica, le tendría mucha predilección, y en alianza con ella lo podría emprender todo y llevar a buen fin (3). El ardiente deseo de poseer una fuerza parecida para la defensa de la causa católica, condujo al hombre por otra parte tan perspicaz a un notable desconocimiento del real estado de las cosas: mientras desesperaba de la conversión de Enrique de Navarra (4), fomentó por largo tiempo la esperanza de poder reconquistar a Isabel para la fe católica. El duque de Piney, que en septiembre de 1586 le había prestado obediencia en nombre de Enrique III, volvió a su patria con el encargo de que el rey de Francia por medio de su embajador influyese sobre Isabel en este sentido; indicó el Papa, que se representase a la reina, que con su herejía provocaba contra sí constantes conjuraciones, mientras que con su vuelta a la Iglesia podía granjearse el general aprecio y amor (5). Pisany oyó con encogimiento de hombros lo que le dijo Sixto V, de que quizá Isabel se dejaría persuadir más fácilmente de lo que se pensaba. Que muchas veces se habían llegado a él con

(1) Hammer, IV, 159; Bremond, 277. Cf. Brosch en la Revista de hist. general, I (1884), 776-790.

(2) Kervyn de Lettenhove, I, 93.

(3) Bremond, 278. Questa è una gran Donna, e se fusse Cattolica saria una cosa senza esempio; e noi la stimaressimo molto. Essa non manca in alcuna cosa al governo del suo regno etc. (Juan Gritti al senado de Venecia, Roma, 12 de marzo de 1588, en Brown, n. 640). Certo che questa è una gran Regina; vorressimo solamente che essa fusse cattolica, perchè saria la nostra diletissima; vedete come si governa bene; è donna et non è padrona se non di meza Isola et si fa temer da Spagna, da Franza et dall'Imperator et da tutti; et ha arrichito il suo regno delle prede tolte a Spagnoli, oltra il tenerli l'Olanda et Zelanda (Gritti en 19 de marzo de 1588, *ibid.*, n. 642).

(4) Bremond, 212.

(5) *Ibid.*, 277 (cf. 204); Hübner, I, 369. En tiempo de Gregorio XIII el nuncio de España, Ormaneto, se había esforzado por ganar a Felipe II para que se hiciese una tentativa de convertir a Isabel; él a la verdad tuvo el negocio non solo per difficile, ma quasi per impossibile per la mala qualità di questa Donna, e di quel principalissimo ministro che ha seco, sed apud Deum omnia possibilia (Carini, 88).

la propuesta de dar muerte a la hereje por poco dinero, y que siempre había rechazado tal medio de lucha, que aborrecía. Pero por su encargo, como siguió contando, fué un jesuíta a Londres, para ver si hallaba algún modo para convertir a la reina. El jesuíta y el fin de su presencia fueron descubiertos y él mismo expulsado. Pero el canciller, de todo en todo hereje, le hizo pagar 200 escudos para el viaje de vuelta y le dió a entender, que la conversión de la reina no era tan difícil como se creía (1).

Ahora bien, semejantes manifestaciones ninguna otra cosa demuestran ciertamente sino que Sixto V en más de un respecto fué engañado por los ministros de Isabel. Las propuestas de asesinato, por lo menos en su mayor parte, habían procedido muy probablemente del mismo gobierno inglés, que quería tentar al Papa (2). Aquella expresión del canciller sobre la inclinación de Isabel a una conversión, muestra de nuevo lo que ya se sabe por otra parte, que la reina por motivos políticos quería mantener entre los católicos la opinión de que en su fuero íntimo era aún afecta a la antigua religión (3). Con todo Sixto V no quiso

(1) Pisany en 15 de noviembre de 1586, en Bremond, 277 s. Por el jesuíta está entendido quizá Crichton. Fouqueray, II, 108 s.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XIX.

(3) Cuando se trataba de su casamiento con Alençon, se expresó Isabel en este sentido hablando con el embajador francés de Lansac, de suerte que éste a su vuelta «se deshacía en elogios» de la reina. Dijo que respecto a religión no estaba la cosa tan desesperada por lo que tocaba a la reina, como generalmente se suponía. Que hablaba del Papa con grandísimo aprecio; que dijo que si él pudiese ver su corazón, no pensaría tan mal de ella; que su único deseo era la unión religiosa de los cristianos; que si el emperador y otros príncipes deseaban reunir un concilio general y libre, ella tomaría parte. Que en caso de que naciesen hijos de su matrimonio, al siguiente día el reino volvería a la fe católica. Que también de otra manera podía esto fácilmente efectuarse, pues la reina tenía una disposición de ánimo muy favorable a la fe; que esto lo ocultaba sólo para no ocasionar división en el reino. Estas frases produjeron tal impresión en Lansac, que dijo a Priuli, embajador veneciano en París: «En lo íntimo de su corazón la reina es tan adicta a la herejía como lo soy yo, que quisiera morir mil veces por la fe católica» (Priuli en 14 de julio de 1581, en Brown, n. 32). Noticias parecidas se hallan de los primeros años del reinado de Isabel. Así Bernardo Pía escribe desde Roma a 15 de febrero de 1567 «nuevas estupendas» de Inglaterra notificando que la reina había permitido la misa; que si se efectuase su matrimonio con el archiduque Carlos, cada día se podría esperar más (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Posteriormente espera también Clemente VIII la conversión de Isabel, por cuanto ella había recibido de buen grado las amonestaciones de un ermitaño católico, mientras que por el contrario sólo con dificultad se resolvía a oír las pláticas de sus propios predicadores (Mocénigo en 26 de junio de 1598, en Brown, Calendar, IX [1592-1603], n. 703). Todavía a la muerte

darse por engañado ni aun por el hecho de que Isabel no respondió para nada a sus propuestas de conversión (1). Todavía en el último año de su vida fomentó la esperanza de ver volver a la Iglesia a la reina de Inglaterra (2) y a su reino (3). Dijo al embajador veneciano, que Isabel había enviado un negociador, cuyo mensajero había entrado en la Ciudad Eterna (4). Sobre esto a la verdad nada más se dice, pero en cambio parece que un enviado secreto de Sixto V penetró realmente en la corte inglesa. Cuando llegó a Roma la noticia de haber zarpado la armada, dijo el Papa al embajador veneciano, que había hecho todo lo posible para sugerir a la reina la vuelta a la fe católica; que a pesar de la bula de deposición de Pío V había ofrecido investirla de nuevo con su reino y nombrar los obispos de su elección. Isabel respondió, en son de mofa, que el Papa haría bien en darle algo de su dinero (5).

Aunque Sixto V tuvo por posible hasta el fin una pacífica reconquista de Inglaterra por el camino de la conversión, sin embargo no omitió instar siempre de nuevo por sus nuncios de Francia y España a una intervención armada (6). En Francia Enrique III estaba ciertamente aliado con Isabel, pero en el duque de Guisa semejante idea pudo hallar completa inteligencia. En 17 de julio de 1586 escribió Guisa a Mendoza, que estaba resuelto a la empresa contra Inglaterra, para la cual contaba con el auxilio de Felipe II. A fines de septiembre declaró al rey, que con él o sin él se arriesgaría al intento de un desembarco en Inglaterra. Ya a fines de 1585 se había ajustado con la nobleza escocesa un tratado secreto para este fin, y en mayo de 1586 se renovó la promesa. El rumor sobre tales planes causó tanta inquietud, que en agosto los mercaderes ingleses pensaban ya salir de Francia y se fortificaron los puertos

de Isabel escribe el embajador veneciano Scaramelli, que algunos católicos de la corte pensaban que Isabel por sus sentimientos interiores no había estado lejos de una reconciliación con la verdadera fe católica (Scaramelli en 7 de abril de 1603, *ibid.*, n. 1169).

(1) Hübner, I, 371.

(2) Badoer en 24 de febrero y 5 de mayo de 1590, en Brown, n. 915, 928. El 26 de marzo de 1590 habla Sixto en el consistorio «de reductione Reginae Angliae et Ducis Saxoniae». *Actas consistoriales del cardenal Santori, en el Cod. Barb., XXXVI, 5, III, p. 63, *Biblioteca Vaticana*.

(3) Badoer en 23 de junio de 1590, en Brown, n. 942.

(4) Badoer en 14 y 21 de abril y 5 de mayo de 1590, *ibid.*, n. 923, 924, 928; *Brumani en 14 de abril de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Gritti en 2 de julio de 1588, en Brown, n. 679.

(6) Kervyn de Lettenhove, I, 339 s.

de Inglaterra. Sin embargo a fines de 1586 las revueltas de Francia habían hecho imposible la ejecución de la empresa (1). Pero Guisa mantuvo su entusiasmo por la nueva cruzada. Escribió a Alejandro Farnesio, que se juzgaría feliz de poder tener parte en una tan hermosa y santa expedición con la pica en la mano como soldado ordinario bajo la dirección de Farnesio (2).

Las continuas punzadas con que Isabel irritaba al monarca español parecían agotar poco a poco aún la paciencia de éste: los grandes planes tanto tiempo por él preparados se acercaban ahora realmente a la ejecución. A fines de 1584 Felipe II puso la dirección del asunto de Inglaterra en manos de Farnesio (3), el cual estaba enteramente apasionado por el plan de un desembarco. Opinaba Farnesio que Inglaterra era la cabeza, Holanda y Zelandia eran el cuello y los brazos, que se podía resolver de un golpe la cuestión inglesa y la flamenca, si se hería ante todo la cabeza (4). La misma opinión defendía Felipe Segá en una memoria entregada a Sixto V en 1586 (5). El 20 de abril de 1586 Farnesio presentó al rey su plan de ataque (6), y en vista de ello don Felipe envió la orden de salir la expedición primeramente a Mendoza, el cual debía transmitirla al gobernador de Flandes (7). Pero también ahora se impidió de nuevo la ejecución. El genio maligno de María Estuardo, Gilberto Gifford, se presentó a Mendoza; comunicóle el apoyo que un ejército español de desembarco hallaría entre los católicos ingleses, y la conjuración de Babington (8). Mendoza tuvo ahora por conveniente, con asentimiento de Felipe II (9), aguardar primero el éxito de la conjuración; cuando poco después se descubrió el plan de Babington, ya no se habló de un envío de la carta a Farnesio (10). María Estuardo quedó ahora enteramente desamparada. El 10 de abril le había escrito todavía Paget, que sólo le quedaba como único apoyo el rey de Escocia (11). Ahora se

(1) *Ibid.*, 341-343.

(2) *Ibid.*, 344 s.

(3) Lechat, 143.

(4) Kervyn de Lettenhove, I, 346.

(5) V. Brom, *Archivalia*, I, 596 s.

(6) Lechat, 147.

(7) Kervyn de Lettenhove, I, 346.

(8) *Ibid.*

(9) *Ibid.*, 350 s.

(10) *Ibid.*, 350 s.

(11) *Ibid.*, 352.

desvaneció también esta última esperanza; el joven de veinte años cumplidos Jacobo VI compuso un soneto a Isabel y pensó seriamente en casarse con la reina que tenía treinta y dos años más (1). En 5 de julio de 1586 se unió estrechamente a Isabel por medio de un tratado (2). Los carceleros de María pudieron ya a fines de 1585 entregarse al gozo bárbaro de hablar a la madre de la traición de su hijo único (3).

Que a principios de 1585 parecía tomarse en serio el desembarco en Inglaterra, lo había sabido María Estuardo por Allen que estaba en Reims, el cual el 3 de enero de este año expresó también su gozo por ello hablando con Farnesio (4). En el noviembre siguiente fué Allen a Roma, ante todo sin duda para procurar remedio para la necesidad del seminario de Reims, al cual el nuevo Papa ya no continuaba pagando las subvenciones de Gregorio XIII (5). Que Allen en su viaje pretendía también otros fines, muéstralo una memoria sobre el desembarco en Inglaterra, que luego al punto presentó al Papa (6). Allen quiere demostrar que la empresa era fácil, pues los ingleses en su mayor parte, por lo menos interiormente, eran todavía católicos; pero que el desembarco debía efectuarse en nombre del Papa, porque muchos en Inglaterra nada querían saber de los españoles. Que se había de renovar la bula de excomunión

(1) Kervyn de Lettenhove, I, 354.

(2) Ibid., 358.

(3) Ibid., 354 s.

(4) Lechat, 143.

(5) Bonhomini a Rusticucci, Aquisgrán, 12 de septiembre de 1585, en Ehses-Meister, Nunciatura de Colonia, I, 141. Pope Gregory granted him large supports, but these ceased on the change of the Pontiffs. Allen se hizo dar recomendaciones de Gritti para el territorio veneciano y recogió allí por sus agentes varios centenares de ducados para su seminario. Gritti en 7 de agosto de 1587, en Brown, n. 565.

(6) De praesenti rerum statu in Anglia brevis annotatio, en Theiner, Annal. 1583, n. 90, p. 480-483. La fecha del escrito, no puesta en su debido lugar por Theiner, se saca de la pág. 481: al conde de Northumberland († 21 de junio de 1585) haeretici hoc ipso anno in carcere crudelissime trucidarunt; además, según el autor de la memoria, el levantamiento de 1569 efectuóse hace ahora dieciséis años (ibid., 481, n. 2); Status ecclesiae temporalis... per felicissima novi Pontificis auspicia subito tranquillitati et securitati sit restitutus (ibid., 483); Flandes ha sido sometido de nuevo casi enteramente al rey de España (ibid.). El autor del escrito mora «hic in Urbe» (ibid., 482, n. 7); «jampridem» (quizá ya para la proyectada invasión de 1583?) ha compuesto un folleto inglés de modo procedendi et movendi catholicos, quando ventum erit ad executionem rei [del desembarco] (ibid.). Por este folleto puede significarse el escrito caracterizado por Meyer (280).

contra Isabel, para que los príncipes extranjeros rompiesen el trato con ella y las relaciones comerciales con Inglaterra. Que para sujetar la isla bastarían quizá de 10 000 a 16 000 hombres, pero que se procediese lo más rápidamente posible, para que los católicos nobles no perdiesen poco a poco todo el ánimo, y María Estuardo no fuese asesinada o muriese. Que también la vida de Isabel podía tener fin antes de tiempo, y entonces subiría un hereje al trono, y la cosa sería desesperada.

Cuando Allen escribía de esta manera, tenía ante los ojos la situación que reinaba en Inglaterra antes de su destierro; no reparó que entretanto se habían cambiado muchísimas cosas en su patria. Todavía podía valer el juicio de que las fuerzas de tierra de Inglaterra no podían medirse con las escogidas tropas españolas. Mas para que fuese posible atacar y aniquilar aquellas fuerzas, tenía que ser batida primeramente la escuadra inglesa, antes, no había que pensar en un desembarco en el reino insular. Pero durante los largos años en que Allen no había vuelto a ver a su patria, la escuadra inglesa había sido enteramente transformada, y toda Inglaterra podía considerarse ahora como una sola fortaleza casi inexpugnable.

La base del desenvolvimiento de la marina británica la habían puesto ya los dos primeros Tudors. La reina María después de su casamiento con Felipe II había atendido diligentemente a la reparación de los buques antiguos y a la construcción de nuevos. Isabel en el primer decenio de su reinado había dejado decaer de nuevo la escuadra (1), pero entretanto se había despertado en Inglaterra la afición a grandes empresas mercantiles; el deseo de conducir fabulosas riquezas de las Indias a su patria a ejemplo de los españoles y portugueses penetró en todas las clases del pueblo subiendo hasta la reina, y así el espíritu de empresa de las personas particulares suplió lo que se había descuidado en los primeros años del reinado de Isabel. Fundáronse sociedades comerciales y emprendié-

(1) Julian Corbett, Drake and the Tudor Navy. With a History of the Rise of England's Naval Power, London 1898 (cf. Hojas hist.-pol., LXXIV [1899], 74 ss.); Cesáreo Fernández Duro, La Armada invencible, 2 tomos, Madrid, 1884, 1885; State Papers relating to the Defeat of the Spanish Armada Anno 1588, ed. by John Knox Laughton (Navy Records Society), London, 1894; Froude, Spanish Story of the Armada, London, 1892; Guillermo Federico Tilton, La catástrofe de la armada española, 31 de julio hasta 8 de agosto de 1588 (disertación), Friburgo de Brisgovia, 1894.